

CEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

10 céntimos NÚMERO SUELTO 10 céntimos

DIRECCION: LCPE DE VEGA, 39 Y 41.—ADMINISTRACION: SERRANO, 55

AÑO XI

MADRID, JUEVES 23 DE MARZO DE 1905

NUM. 487



EL PRÓXIMO SUCESO SENSACIONAL

EL SEGUNDO ERMITAÑO DE CIFUENTES, EL SEGUNDO PASTOR Y LA SEGUNDA SIMA

JUEVES DE GEDEÓN



Pobre D. José! ¡Cómo tendrá los huesos! Grande fué el homenaje, pero no ha sido menor su resistencia. Yo estaba temiendo que, á pesar de la altura y prestigio de su personalidad, pereciese como aquel infeliz Lentejica, que murió de un obsequio. ¡Ahí es nada soportar diez ó doce discursos, y entre ellos uno de Villaverde! Por cosa más pequeña han ido muchos al Este.

—Tienes razón, Calínez. Echegaray es realmente un hombre extraordinario. Mucho me maravilla que, según la opinión de casi todos los panegiristas actuales de su obra teatral, D. José pueda construir los dramas mediante fórmulas algebraicas, que es casi casi lo mismo que ganar una partida de ajedrez valiéndose de un método de solfeo; pero con ser inmensa la admiración que eso me produce, todavía admiro más su vigor físico y su vigor espiritual, tan acreditados en estos últimos días. ¡Cuántas personas con menos años que él se hubieran declarado vencidos por el apaleamiento de la gloria, y D. José no sólo resistió discurso sobre discurso y solemnidad sobre solemnidad, sino que resistió también sin quejarse la representación concedida á su drama *El Gran Galeoto* en el teatro Real, durante la que, y por influencia, sin duda del medio, veíase flotar en el escenario la augusta y severa sombra de Tanci con un gallo trágico en la garganta. ¡No se ha ahorrado una molestia, no ha huído á ninguna mortificación, no ha evitado un solo riesgo! ¡Ni uno solo, incluso el de volver á su casa desde el Senado en el automóvil de Díaz de Mendoza! No discutamos más, es un grande hombre.

—Así lo creo yo, Gedeón, y así lo cree con su certero instinto el pueblo todo. Al rendirle el homenaje de su presencia y de sus vítores en la brillante manifestación del domingo último, no festejaba, seguramente, tanto al matemático insigne ó al autor dramático emocionante, como al español dotado en máximo punto de voluntad, de esa voluntad constante y vigorosa que á todos los demás españoles nos falta. Antes dijiste que, según el aserto de varios panegiristas de su producción teatral, Echegaray construía los dramas por fórmulas algebraicas. Tratándose de otro hombre cualquiera, eso me parecería un disparate; pero si D. José se lo propuso así, así lo habrá hecho. Por esa voluntad, por esa fe, por ese vigor intelectual que se refleja en el vigor físico á despecho de los años, el pueblo de Madrid le aclamaba con sincero entusiasmo, pues aquí, donde todos los talentos y todos los corazones se abaten á la menor dificultad, y hasta las tiesuras proverbiales de D. Raimundo resultan un ente de razón ó una especie de la peseta sin sanear, la personalidad voluntariosa, trabajadora, firme y perseverante de D. José

Echegaray tiene que parecernos y es efectivamente extraordinaria, sobrenatural, prodigiosa. No discuto sus dramas, no entiendo de eso, y aunque entendiera no lo diría aquí, donde puede oírnos tu perro y quién sabe si el chico de la portera, pero ya maneje en ellos las pasiones humanas ó ya se ayude con el aparato de la tabla de logaritmos, como los conferenciantes del Ateneo se ayudan con otra clase de aparatos, es indudable que hoy por hoy Echegaray figura entre los pocos españoles á los cuales les vemos la punta del cráneo. Todos los demás somos chatos de cabeza, unos porque nacimos así, otros porque al menor tropiezo ó á la contrariedad más leve se achataron *motu proprio*.

—Eso mismo pensaba yo, Calínez, al contemplarle en la escalinata de la Biblioteca. Estaba descubierto para responder á los saludos de la multitud, y el sol iluminaba su calva puntiaguda. Aquella prominencia luminosa se me antojaba obra del esfuerzo, del valor, de la constancia y de la voluntad, más que del capricho de la Naturaleza. Y estaba temiendo que, á pesar de su incopiable cortesía, el señor Echegaray dijese en un momento de arrebató: «¡Ea, sublime pueblo de holgazanes, basta ya de agasajos y de vítores! A trabajar ahora cada uno por nuestro lado. No os reunáis, como de costumbre, en el rincón de un café ó en el ángulo de un salón á exponer los proyectos redentores que no realizaréis nunca, las obras literarias que no terminaréis jamás, y á murmurar en seguida del prójimo, achacando á sus producciones todos los defectos que las vuestras no pueden tener, porque no existen. Romped con el trabajo aislado y fructuoso ese plural cómodo y estéril que tanto os entusiasma, porque á la gloria no se va como á las peregrinaciones, por grupos de devotos que viajan en el mismo coche, comen y duermen en el mismo hotel, visitan á la misma hora el santuario, confiesan y comulgan al propio tiempo, y satisfacen la misma cantidad y obtienen las mismas gracias espirituales. Ved lo que le ha sucedido á Villaverde. Cuando se encerraba en su despacho, aislándose del resto de la humanidad para consagrarse en cuerpo y alma al saneamiento de la peseta, todos creíamos en él y le disputábamos (frase muy de su gusto) por nuestro mejor financiero. Salió de su casa, mezclóse en intrigas, pactó benevolencias mauristas, formó Gabinete, echóse socios, y es un español más que sólo sabe vivir con vilipendio y murmurar del resto de la gente. Cultivemos nuestro jardín, cada uno el suyo propio; saneemos nuestra peseta, cada quisque la que tenga en el bolsillo, y dejadme que me vaya á mi hotel de la calle de Zurbarano á resolver la ecuación de un drama que tengo empezado por la muerte del

personaje principal, en circunstancias tales, que ha de haber síncope y desmayos en el público. No llores todavía, ¡oh ilustre actriz! ¡oh admirable María Guerrero, que me escuchas con el pañuelo en los ojos, que hartó te haré llorar después sobre la escena! ¡Reserva esas lágrimas para vertérselas al apuntador, y dispón que venga por mí el mejor drama del Español, ó sea el automóvil teatral de tu marido!»

—Gedeón, algo le pasa á tu perro.

—Le habrá entusiasmado mi discurso.

—No, no; parece que sufre violentos dolores. Mírale cómo se retuerce, oye cómo se queja el infeliz. Tu oratoria no produce tan grandes efectos.

—¿Habrá leído entonces el discurso de Villaverde con versos italianos?

—Todo es posible. ¿Quieres que busque un vomitivo?

—Déjale, á ver si se le pasa sin potingues.

—Mucho lo dudo. ¡Caramba, qué cosa más extraña! ¡Tu perro mengua!

—No digas más. Han subido los cambios. Mi perro disminuye en otro céntimo. ¡Pues señor, como continúe gobernándonos D. Raimundo, el mejor día llamo á mi chuchó y no viene más que el bozal. ¿Qué te parecería, Calínez, si le dedicáramos un homenaje?

—¿A quién?

—¿A quién ha de ser? ¡Al Presidente del Consejo de Ministros! Con otro homenaje como el de Echegaray, nos lo saneábamos del todo.

—¡Hombre, es una idea! Voy á comunicársela á Maura.

—Nadie más indicado que él para presidir la comisión. Dile que cuente también con Silvela, Dato, Azcárraga y los demás correligionarios. Espera; dile también que, á mi juicio, la primera solemnidad del homenaje al saneador de la peseta, debe de celebrarse en el Congreso. La segunda puede verificarse en...

—No te fatigues, Gedeón. ¡Villaverde se queda en la primera! No tiene nada en punta. ¡Es chato de cuerpo entero!

—¿Pues no decían...

—Tapa. ¡Ni eso!

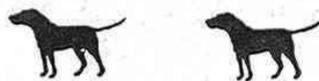


CHARLA MUCHO...

García Alix, el murciano, charla mucho y charla bien, y promete muchas cosas, que es fácil el prometer; mas cuando llega el momento de que vengan por su pie, las cierra el paso en seguida con solícito interés. Ni yo, ni nadie le exige que se meta á deshacer entuertos que hicieran otros con más ó con menos fe;

pero él se siente un Quijote, siendo un Sancho de buen ver, y sale en busca de glorias con su lanza y su pavés... Y es lo que decimos todos al mirar su pequeñez, sus bravatas escuchando y su esfuerzo al comprender: «Ya que las da de valiente, que nos demuestre el por qué; si sale en pos de un aplauso, que no se vuelva sin él; y pues va al toro derecho, tiene que darle *mulé*...» Se encargó de nuestra Hacienda por orden de Villaver... (para que quepa en el verso tengo que quitarle el *de*), y apenas se halló en tal sitio, con más humos que un *express*, de Osma habló mal, censurando la famosísima ley con que gravó á los alcoholes ese genio de alquiler. ¡Iba á reformarla toda en un día, en dos, en tres, de los pobres industriales las quejas por recoger!...

Y como hubo uno en España que le dió para rapé, se largaron sus censuras corriendo á todo correr... ¡Qué ha de reformar!... Un día, por seguir su ten con ten, habló con unos alcaldes, se hinchó como un montgolfier, y prometió suprimirnos, si no todos, ce por be, un artículo, el más grave y el más fuerte, el 23... ¡Y ahora vuelve á declararnos que ni aun eso piensa hacer, y que la Ley *premanece*, pues no es como el charco aquél! No me quejo de que dure, porque á tiempo me quejé; me quejo del *reformista* que aspira al verde laurel sin acciones estupendas, con palabritas de miel... ¡Está demasiado gordo para poderse mover!



Villaverde-Macbeth

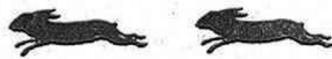
(Se ruega á los amables cajistas pongan cuidado en este Macbeth.)

(El Presidente duerme en la silla presidencial y le perturban pesadillas horribles. Tres viejas ricas le rodean; no las llamaremos brujas, porque alguna puede darse por aludida.)

¡Lejos, lejos de mí, visiones de mi primera credencial! ¿Qué me queréis con vuestros ya arrugados semblantes? Soy Presidente, soy Presidente por segunda vez... ¡Ja... ja! (Ríe con la buena fe de un Vadillo.) Mientras cuente con la ayuda de Banquo Besada, no se me da un entero de lo que pueda ocurrir. ¡Soy Villaverde-Macbeth! el que tanto se distinguió por su campaña de la peseta contra el reaccionario Mauracnaldo, el que ganó las últimas elecciones de diputados provinciales con todos los Pêles-Mêles habidos... (A las viejas.) ¿Qué me pedís? ¿Acaso dudáis de mi potencia? (Villaverde las mira de arriba á abajo, entornando los ojos amorosamente.) ¡Soy el Todopoderoso gubernamental! ¡Yo abriré las Cortes! ¡Triunfaré por encima de las minorías y sobre todos los discursos!

(Después de esta arrogancia ve con espanto en caracteres negros el número 33, y oye una voz imparcial que le dice:) «¡Ridículo economista, financiero del boro! No há mucho, este verano, decías en Biarritz, contemplando cómo subía la marea, que era urgente la resolución del problema de la moneda, porque hacía difícil la vida de la clase media é imposible la de las clases necesitadas. Es preciso, añadías, abordar la cuestión *instanter, instantius, instantissime*, echando mano del latín que recordabas de tu infancia, *musa, musæ*. Eso dijiste, ¿y qué has hecho, Villaverde-Macbeth? Sonreírte de los peces de colores ligeramente, ir tirando como un encuarte del carro del Gobierno, dar una puñalada traperera á tu programa económico, envenenar hasta la última peseta.» (Villaverde siente correr por su frente un sudor frío, agónico, como el de un hacendista en liquidación. Luego dice con abatimiento:) ¡Sí, sí! ¡Muy cierto! Todo eso lo he dicho en un momento *instanter, instantius, instantissime*, como se dicen tantas cosas, para seducir y conquistar á las masedumbres nacionales; pero yo no sé nada; mi reputación de hacendista es un número más del género ínfimo. ¡Perdón, perdón! Dejádme vivir por lo menos hasta las primeras lilas.

Os lo pido con mucha necesidad. No podemos declararnos en crisis teniendo ahí á Cervantes, que nos espera al pie de su centenario. Quiero batir el *record* de los homenajes; tengo que dispararle también á Cervantes otra estrofa en italiano que me enseñó anoche un camarero del *buffet*. (Cobrando, además de la nómina, nuevos bríos.) ¿Pero qué imploro? ¿Qué gracia pido? Mi reinado es seguro mientras el bosque maurista no eche á andar con los cien mil hijos del conde de San Luis al frente. Nada amenaza mi existencia, como el bosque no se me venga encima. Como Mauradoff ese, no nacido de tiempo liberal, sino extraído con violencia del vientre de la reacción, no atente á mi vida. (En este momento, significados mauristas avanzan envueltos en números de «España» y rodean al Presidente, que dice con acento angustioso:) ¿Pero qué miro? ¡El bosque! ¡El bosque se acerca! ¡Yo muero! ¡Adiós, peseta; adiós, Banquo Besada; adiós, Vadillo! (Cae entre grandes convulsiones sobre la alfombra. Las tres viejas, viéndole en el suelo y privado, aprovechan la ocasión para desabrocharle. La bolsa sube.)



CAZA MENOR

Ya saben ustedes que un buen día se levantó de excelente humor nuestro representante en París, se fué á almorzar con Delcassé y, de sobremesa, le sacó una nueva colonia para España, atención que pagamos nombrándole marqués del Muni, también en otro rato de buen humor.

¡Qué de planes! ¡Qué de propósitos no se harían á raíz de tan espléndido orsequío! Con la lección del desastre estábamos decididos completamente á transformarnos. Nuestras colonias de Fernando Póo y la vivita y fresca del Muni, celebrarían nuestra *reprise* de colonizadores.

Régimen colonial expansivo, grandes reformas morales y materiales, protección á empresas é industrias que se estableciesen, etc., etc.

¡Cómo nos íbamos á sonreír del Canadá!

Pasan días, y meses, y años, y Fernando Póo *inmueble*, como hubiera dicho el gran Barrutia, y el Muni... bueno, gracias. Nos quedamos en el primer impulso. Pero hé aquí que llega al Ministerio de Estado el pasmoso hombre de las tres lenguas, el fácil Villaurrutia, y con vista de águila se percata rápidamente de lo que necesitan nuestras desmedradas colonias. Y va, y ¿qué hace? Lanza un real decreto aprobando en un artículo la plantilla de empleados que hay actualmente en aquel territorio, y en otro propone ¡qué caramba! nuevas contribuciones, comprendiendo, como dice el propio cosechero en el preámbulo de la disposición, que en la actualidad han alcanzado mucho desarrollo los territorios de nuestras colonias.

¡Por tan sabia medida quedan absolutamente garantizadas!

Más empleaditos y aumentar las contribuciones.

Así empezamos con las otras, y nos quedamos sin ellas.

Un buen día también se representará el segundo acto de la misma, con idéntico éxito.

Por fin se le ha movido el alma al Gobierno ante la crisis del hambre andaluza, y en un arranque ha enviado la formidable cantidad de *cuatro mil pesetillas* á Málaga; y eso, como dice el propio Villaverde, por ser la provincia más castigada.

Es lo que habrá dicho el bueno de don Raimundo á Besada, su peón de confianza:

—Con cuatro mil pesetas que enviemos y algo que ayude la lluvia, ¡conflicto salvado!



UNA NOTICIA

¡Ha llegado la Primavera!

Gedeón se apresura á comunicar á sus lectores tan grata noticia, participándoles que la interfecta viene en admirable estado de salud.

Llegó de incógnito, como de costumbre, y envuelta en su florido manto, cantado ya por los antiguos vates... Gedeón, que presume de periodista moderno, activo, corredor y avisado, se presentó inmediatamente en el palacio de la diosa inmortal, tan amiga de España y tan agradecida al afecto de todos nosotros.

Pasó su tarjeta y la Primavera le recibió en seguida; pero con una discreción que para sí quisieran nuestros grandes hombres, se negó absolutamente á comunicarle sus proyectos, sus ideas, el programa de las reformas que piensa poner en práctica durante su nueva y corta permanencia en el poder.

La *interviú* se quedó en proyecto. No podemos, por tanto, llenar todo este número (según habíamos pensado) con una carta sensacional, titulada *La Primavera hablando con Gedeón*. Y nos limitamos á decir que la diosa nos sigue dispensando

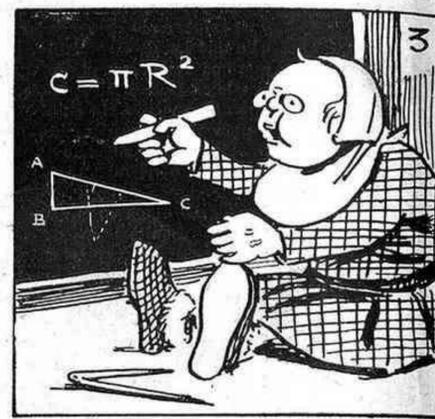
ALÉLUYAS SIN ULTRAJE DE DON JOSÉ Y SU HOMENAJE



1
Esta es la historia ¡caray!
de don José Echegaray.



2
Pequeñito cual lo ves,
nació el año treinta y tres.



3
Apenas nacido, ¡oh Dios!
dice $C = \pi r^2$. (1)
(1) *Ce igual, pi erre dos.*



4
Y en prueba de admiración
le ofrecen un biberón.



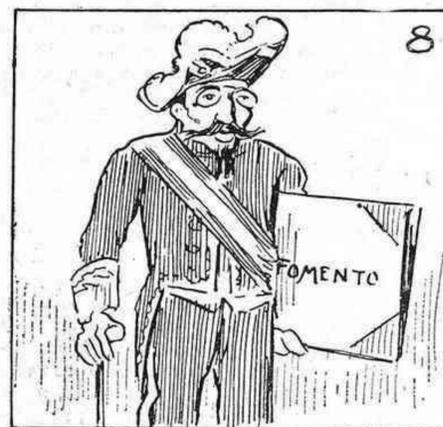
5
Se hace, en busca de destinos,
ingeniero de Caminos.



6
Y asegura Gedeón
que no perforó el Simplón.



7
El año sesenta y nueve
se entusiasma con la plebe



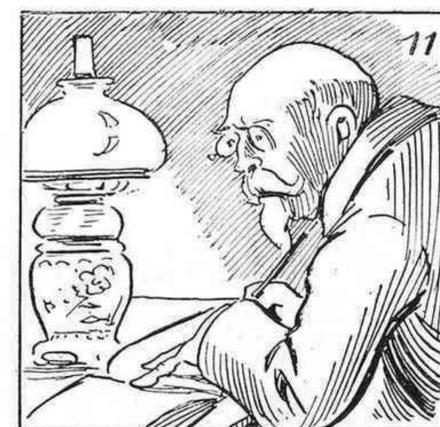
8
Y así llega en un momento
á ministro de Fomento.



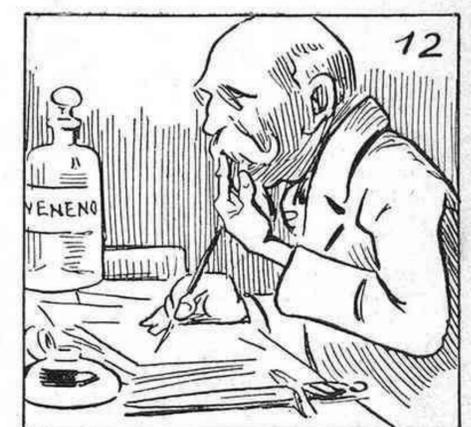
9
Y después va... sin enmienda
al Ministerio de Hacienda.



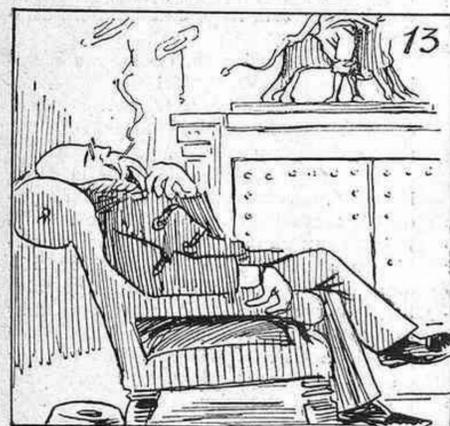
10
Con habilidad y maña
va y funda el Banco de España.



11
Luego, ya dimisionario,
hace *El libro tatonario*.

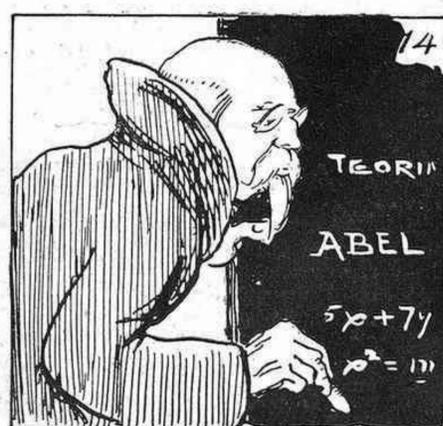


12
Y escribe dramas por cientos
terribles y truculentos.



13
Esto de noche, que el día
pasa en la cacharrería. (2)

(2) Del Atenco.



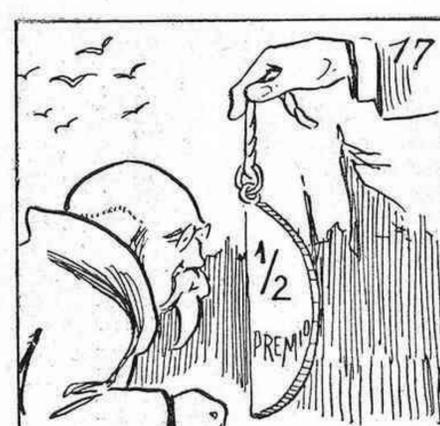
14
Las funciones abelianas
oyen las gentes sin ganas.



15
Y todos dicen por fin:
—Preferimos á Caín.



16
Le dan honores miríficos
y mil cargos sustantíficos,



17
y á medias lo de Nobel,
para el que quiera algo de él.



18
Y al fin llega el homenaje
y ¡señores, feliz viaje!

su protección, porque ve en nosotros á sus hijos predilectos.

Esto es lo más fundamental de lo poco que estamos autorizados á decir. Lo otro es de un orden secundario, y no tardaremos en saberlo.

Añadiremos que, rompiendo la tradición, parece ser que este año la Primavera no va á dar el ambicionado Poder á los liberales.

Y diremos, por último, que nuestra ilustre amiga está un poco resentida con los poetas por no haberla saludado con los amenos ripios que acostumbraban á soltar en otras épocas olvidadas.

Gedeón, pues, ya que no puede satisfacer la legítima curiosidad de sus lectores, se limita á darles la agradable noticia.

¡Ha llegado la Primavera!

Esperemos sus flores y que la Santa Zarzaparrilla nos libre de sus granos.



¡YA VEREMOS!

De Raimundo los favores fueron á solicitar unos cuantos «tenedores» de créditos de Ultramar,

que ya bastante impacientes por poderosos motivos, quieren enseñar sus «dientes», hace algún tiempo inactivos.

Su deuda á enjugar aspiran, de angustia y zozobra llenos, y por el cobro suspiran como el que más y el que menos, pues observan con dolor que el ser inglés del Estado será cosa que dé honor, ¡mas da poco resultado!

No sé si estos «tenedores», que buscan sus intereses, son de marcas superiores ó son de plata... Meneses, pero al ver que se presentan decididos á esgrimirse, son «tenedores» que intentan en «cucharas» convertirse.

Ni aun eso van á lograr, que el Gobierno que tenemos les ha dicho: «¡Hay que esperar!... ¡Ya veremos!... ¡Ya veremos!...»

¡Misterios terribles, hondos, que escudriñar quiero en vano!... ¡El Gobierno no está en fondos, como cualquier ciudadano!

De donde resulta menda igual que el Estado, hoy día... ¡Sin cuartos está la Hacienda, y así está la bolsa mía!...

Mas ¡ay!... Si mis «tenedores» vienen por sus intereses; si en busca de mis... favores se presentan los ingleses, no les podré detener con la frase consabida «¡ya veremos!»—«¡Hay que ver!» responderán en seguida.

Tal frase es la gran idea para un Gobierno cansado, que por fórmula se emplea con el mismo resultado;

y así, al que viene á pedir y al que viene á reclamar se le acostumbra á decir:

«¡Ya veremos!...» ¡Y á esperar!

Y en tal situación, ¿qué haremos, si así nada se conquista?...

¡Ya veremos!... ¡Ya veremos!...

(¡Dios nos conserve la vista!)

¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

Un alma piadosa nos remite un librito, cuya portada reza así: «*Los Tercios españoles, Academia compuesta y declamada por los hermanos estudiantes de la Compañía de Jesús del Colegio de la Merced en Burgos el 27 de Julio de 1902, con dibujos de Mariano Pedrero. JHS. Con las licencias necesarias. Bilbao. Imprenta del Corazón de Jesús*», etc.

¡Jesús nos valga! ¿Qué será una *Academia compuesta y declamada*? Y ¿qué habrán aprendido esos hermanos estudiantes á quienes se enseña á componer y declamar *Academias*?

Pues, verán ustedes. Lo que aprenden esos jóvenes, ante todo, es á faltar á la Gramática, según puede verse con recurrir á la ligera las páginas del antipático y declamatorio librito: después, á consonantar *por doquiera, luz con cruz, arrebol con sol, rey con ley*, etc., etc.; y, por último, á hablar perrerías de todo cuanto huela á progreso ó á libertad, ¡esas cursilerías masónicas!

Es un libruco que no se puede tomar á broma: es un librejito que indignaría y molestaría si no fuese tan soberanamente ridículo. Para que críen ustedes coraje y para que los padres que tienen hijos aprendan lo que se les enseña á las infelices criaturas en esos lugares de las Academias de declamación, copiaremos dos ó tres astracanadas de las menos ofensivas.

Véase la clase:

¡El mismo! Mientras la espada brille de la cruz al lado; mientras adore el soldado por madre á la Inmaculada; mientras palpite inflamada

(Observen ustedes qué riqueza de consonantes: *ado, ada*... Así hace versos la máquina Yost ó la Hammond, ó la famosa máquina de escribir de doña Emilia.)

...en su corazón la fe; mientras del altar al pie sus armas rinda *ante el sol*, el Ejército español será lo que siempre fué.

(Cuando las rinda á la sombra, ya no será eso, por lo visto. Y vean ustedes la intencioncita de los amigos: van á ver si enredan al Ejército en sus sacristanerías. ¡Como si el Ejército fuera bobo!)

Mas ¡ay! ¡si en un día aciago olvida sus tradiciones, y al cerrar sus escuadrones ya no invocan á Santiago!

(¿Á cuál? ¿Á Santiago de Galicia? ¿Á Santiago de Cuba? ¿Á Santi Liniers?)

Entonces, ¡horrible estrago! ¡Tremenda desolación! Que ya la soberbia Albión nuestras costas amenaza, y perderá nuestra raza hasta el nombre de nación.

Diré á usted, hermano rapavelas. En primer lugar, nuestra raza, y casi todas las razas, no tienen nombre de naciones. La raza es una cosa y la nación otra, según debieron enseñarle á usted en la clase de Geografía. Verdad es que la Geografía, como ciencia de herejes, no se enseñará en esos establecimientos. Es mucho mejor hacer que los niños anden buscando un *ado* ó un *ón* retumbantes para *declamarlos*. En segundo lugar, ¡ya lo ha visto, hermano! Bien invocábamos el nombre de Santiago en la última guerra; y bien ben-

decidos íbamos ó iban los soldados por los obispos y arzobispos preparados *al efecto*; y misas de campaña en que se rindiesen las armas *ante el sol*, tampoco faltaron, y sin embargo...

Pero aún es más gracioso otro hermano vate, que anatematiza la civilización, empleando una ingeniosota y pillina ironía. Ha hablado de los tiempos en que España gastaba millones y derramaba su sangre por defender las indulgencias, esas indulgencias que ahora se conceden mediante algunos perros chicos á quien las solicite, y exclama:

¡Cuánto más útil nos hubiera sido, echando los herejes al olvido,

(¡Vaya un par de versículos, hermano *portaliras!*)

poner nuestra nación á gran altura, y en lugar de emplear miles de brazos

(¡Ya escampa! Estos ya no son versos de la Yost; más bien parecen hechos á máquina de coser.)

en pró de tan fanática bandera, habernos dedicado á cardar lana, á tejer lienzo de algodón ó pana y á fomentar la patria agrícola! Sería hoy nuestra España la primera en hacer jerga, abarcas ó cedazos. Tendríamos guisantes tamaños como bombas de mortero; calabazas gigantes que darían que hablar al mundo entero; encarnados pimientos, achicoria, buena patata, nabo y zanahoria; hoy no sería tan fatal ni aciago nuestro estado, y podríamos en serio luchar sobre el imperio de la cerdosa raza con Chicago...

¿Han visto ustedes qué gracioso es el hermanito?

Pues, fíjense en el concepto que tiene de la gran Bretaña:

O ¿será acción más noble y más gloriosa que ganar para Dios los corazones, poner, como Inglaterra, unos cañones,

(Cuidado, hermanito. Lo que se pone son huevos, no cañones. Su merced no entiende de lo uno ni de lo otro.)

dominar con alguna factoría, y cual potente y colosal ventosa desangrar á los pueblos noche y día?

Ya me imagino la clase de Geografía é Historia en esos lugares santos.

—Niño, ¿qué es Inglaterra?

—Una nación despreciable que pone unos cañones y domina con alguna factoría, como colosal ventosa.

—Bien, niño: esa es la fija, y todo eso de la Agricultura y la Industria y el Comercio es cosa de masones, digna del desprecio más absoluto.

Sabido lo cual, no es dudoso que cada vez estén más concurridos los lugares donde se declaman tales majaderías.

Porque, ya lo dijo Silvela y lo repitió Maura. Esas son las *cumbres del saber humano*... ó, por lo menos, las Compañías que más producen.



... Y armas al hombro

Pasó el homenaje y todos nos quedamos rendidos, y más que todos, el *homenajeado*.

D. José ha emulado, y vencido, según sus panegiristas, á muchos sabios, escritores científicos y dramaturgos; pero ahora á quien ha dejado tamaño ha sido á

nuestro bueno y archisobado amigo *Len-tejica*.

Todo estuvo bien, muy bien, ricamente bien, como decía en sus tiempos *La Epoca*.

Pero la opinión más autorizada y absolutamente inédita se la oímos anteayer á dos apreciables sujetos que suelen pasarse la vida sentados en la escalinata de un trono, digo, en la de la Biblioteca Nacional.

Son dos simpáticos señores: el uno, con barbas y gorro; el otro, afeitado y con corona.

—¿Qué te ha parecido eso, Alfonsito?
—le dijo el del gorro al de la corona.



—¡Pche! así, así—contestó el de la corona al del gorro.—Yo no entiendo de estas cosas. En nuestros tiempos no las gastábamos así.

—Bien—replicaba el otro señor con la benevolencia propia de todos los que gastan gorro y no tienen que hacer otra cosa sino estar sentados en una butaquita al sol.—Bien; pero no me negarás que estas gentes que se nos han acercado estaban positivamente entusiasmadas.

—Sin duda—argüía el llamado Alfonsito;—pero yo no acabo de entender quiénes eran.

—Gente gorda debía de ser.

—Yo lo que más he visto han sido pen-dones de todas clases.

—¡Carape! Alfonsito, te encuentro algo maldiciente.

—No sé, no sé—replicaba el Rey Sa-bio, algo confuso;—pero no acabo de comprender nada de esto. Las gentes que suelen subir por esta escalinata, no son como las que vinieron aquí. Vamos á ver, Isidoro: tú que, según he oído asegurar, fuiste el predecesor de nuestro buen amigo Perico Larousse, ¿tienes alguna idea ó noción de lo que sea el gremio de salchicheros, la Unión ultramarina y la Federación de limpiabotas, betu-neros y pintores del carzado, como los llaman en nuestra amada Sevilla?

—No sé, no sé—respondía Isidoro, bastante perplejo;—pero, por lo que he oído, esos deben de ser los que ahora llaman intelectuales...

Dicho lo cual, ambos hombres grandes, sabios y blancos, se quedaron profundamente pensativos, y las simpáticas palomas que por allí suelen andar les tributaron su habitual homenaje: un homenaje verdoso y blanco, muy conocido de los que frecuentan la escalinata de un trono, digo, de la Biblioteca Nacional.

Terminada felizmente la parte oratoria del homenaje, y cuando ya no le quedaban á casi nadie discursos en el cuerpo, saltó en esos periódicos el Augusto Presidente del Consejo de Ministros, y dijo que él había pronunciado un discurso muy bueno y que nadie le bombeó, por lo cual

enviaba el texto para que lo publicasen, aunque fuese en tercera ó cuarta plana entre dos anuncios ó reclamos simples.

Y así se hizo.

¿Qué interés tendría el Augusto Presidente en que el mundo civilizado conociera las vulgaridades que se le ocurrieron, después de oír el ridículo discurso de nuestro ya francamente ridículo amigo D. Paco Silvela?

Lo cierto es lo que dicen que dijo Maura, que ha sido el más elocuente de todos los oradores de estos días, porque se ha callado:



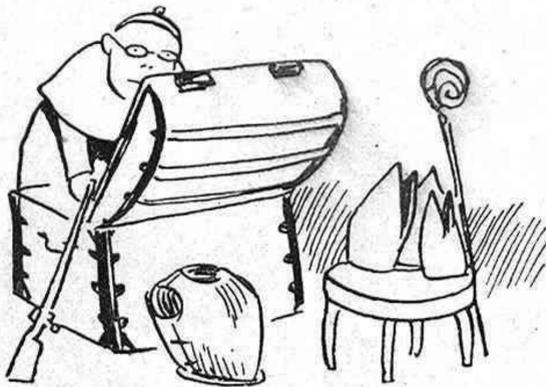
—Ese Villaverde siempre ha de hacer el mismo papel: el del *clown* que recoge la alfombra.

En tanto, Nozaleda continúa ó comienza sus preparativos.

Se asegura por ahí que el R. P. tiene ya los sagrados bártulos á punto de ser colocados en el baúl, con destino á Valencia.

Por cierto que Gedeón, fiel á su buena costumbre de tener á sus lectores bien informados de todas estas minuciosidades impertinentes, ha podido sacar una bonita instantánea de los tales preparativos y del tal baúl.

Véanla ustedes, señores.



Y no me negarán que no le falta ni el menor detalle.

La mitra, el báculo, el fusil Maüsser...

Todo lo necesario para entrar en Valencia.

Mucho se ha hablado estos días de los descubrimientos científicos de Ramón y Cajal, de Echegaray y de D. Manuel García, ese bueno y simpático sabio de quien no nos hemos acordado hasta que el buen señor está ya con un pie en el sepulcro.

Pero, en materia de descubrimientos, aún conocemos algo mucho más notable que todo eso: algo que achica á las neuronas de Cajal y al laringoscopio de García, etc., etc.

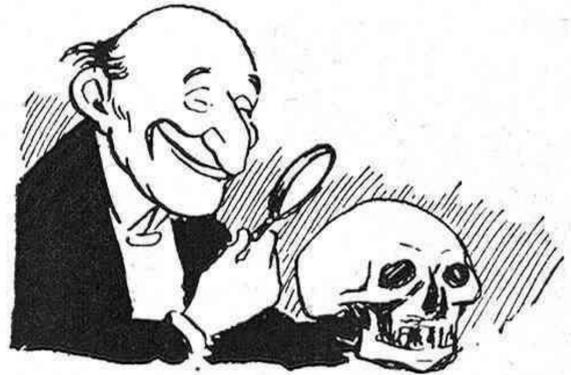
Enfocés Cajal, García, etc., por el corresponsal del *Heraldo* en Palma de Mallorca, quien participa á sus contemporáneos y á la posteridad que «á los restos de Jaime III les faltan ocho vértebras del cráneo.»

Ciertamente que en el mismo caso nos vemos muchos particulares que no hemos sido reyes de Mallorca ni nada, ¡y sin embargo, vivimos!

Pero ¡vaya usted á saber cómo tendrán el cráneo en las islas Baleares!

Ya sospechábamos nosotros que á Maura le pasaba algo extraordinario en la cabeza. Y era eso.

Sin duda, es como su monarca difunto.



Tiene coyunturas en el cráneo.

Ya que no las tenga en otra parte.

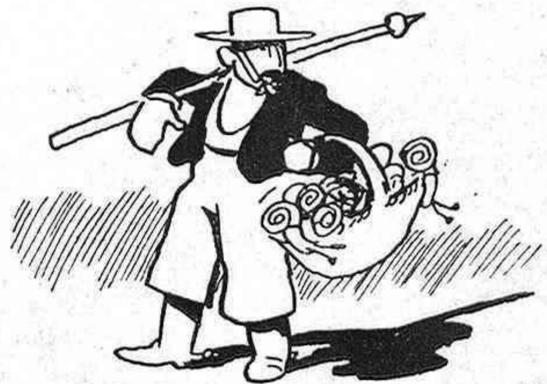
Han llegado sin novedad los Saltillos. ¿Preguntan ustedes qué es eso?

¡Parece mentira!

Se trata de las formidables reses adquiridas para la corrida de la Asociación de la Prensa, y de las que hemos hablado, escrito y teleografiado tanto como si se tratase de ocho Kuropatkines.

A nosotros nos han parecido muy respetables.

A ver si ahora esos tremendos aficionados que no se satisfacen con nada, nos salen diciendo que les hemos dado una cesta de caracoles.



Que les hemos... Porque también Gedeón se siente chico de la Prensa en estos casos.

Y á propósito de Kuropatkine.

Sabrán ustedes que hemos celebrado una interesante *entreviú* con ese general, á quien tanto admira nuestro Linares.



—¿Sigue usted retirándose?—le preguntamos.

—Sí, señor; pero ahora, de una manera nueva.

—¿.....?

—Sí; ahora lo hago en el tren.



GOLLERIAS

EL NIÑO WEYLER.—MIRA, GEDEÓN, YO «CHERO» UNA CRUCECITA...
GEDEÓN.—QUITA, NIÑO, ¡ESO ES PARA LOS HOMBRES GRANDES!